

LLUVIA Y ROGATIVAS

Eduardo J. Ortiz

*"El Señor todo lo que quiere lo hace:
hace subir las nubes desde el horizonte,
con los relámpagos desata la lluvia" (Salmo 135.7)*

Este año Venezuela ha estado padeciendo una sequía como no se había conocido desde hacía muchos años. Las lluvias no llegaban. Las cosechas se perdían. Los embalses que dan de beber a las ciudades se agotaban. Hasta se habló, en un arranque de política-ficción, de organizar una evacuación masiva de las ciudades más importantes.

Ante semejante situación la Iglesia de Caracas, junto a la de otras ciudades, hizo llamadas repetidas a la oración. El Cardenal Lebrún indicó hace ya unas semanas, cuando el INOS hablaba de planes para bombardear las nubes, que al mismo tiempo debíamos bombardear el cielo con nuestras oraciones. Pocos días después el Párroco de Santa Teresa organizó una rogativa pública con procesión del Nazareno y representación del Gobierno.

El día antes de la rogativa, el día mismo en que se hacía un segundo intento de bombardeo de las nubes, esta vez con aviones, cayó en varias partes de Caracas una fuerte lluvia y desde entonces no ha dejado de llover. Cada uno ha podido interpretar este suceso a su gusto como fruto de la fe, de la técnica, de la casualidad, o del curso normal de las estaciones.

El mismo hecho de haber organizado rogativas ha sido visto de diversa manera por distintos sectores: como resquicio de nuestra mentalidad mítica y atrasada, como una medida extrema en una situación extrema, o como una consecuente toma de postura de la Iglesia en favor de las necesidades del pueblo cuando éste no encuentra quien le socorra.

Hasta el clero anda desconcertado y dividido entre entusiastas, indiferentes y escépticos. Y la verdad sea dicha, cuando alguien pide entre curioso y preocupado la propia opinión sobre todo esto,

uno no sabe qué responder. Primero porque no sabe qué respuesta será más útil para el que pregunta. Y segundo porque acostumbrados desde hace años a navegar con la propia fe por otros mares, fenómenos como el actual nos encuentran desubicados. Lo más frecuente será catalogar estas manifestaciones como "religiosidad popular", es decir, la de los otros; o eludir el tema porque, entre otras razones, ésa es ya materia de política eclesial al estar implicada la institución. Y se convierte por tanto en tema tabú para una organización que en los últimos años ha sacrificado con frecuencia el pensamiento a las buenas relaciones.

podrían pastar sus rebaños, y los sedentarios plantar sus cultivos.

Y cuando Yahweh condujo a su pueblo desde la esclavitud a la libertad, uno de los alicientes era el de la lluvia abundante. Frente a un Egipto fértil sólo en las proximidades del delta del Nilo, y eso a base de un agotador trabajo de irrigación, se prometía una tierra donde las aguas caían abundantes desde el cielo. "La tierra adonde te diriges para conquistarla no es como la tierra de Egipto, de donde saliste: allí sembrabas tu semilla y la regabas como una huerta dando a la noria con los pies. La tierra adonde cruzas para tomarla en posesión es una tierra de montes y valles,

El judaísmo es en sus orígenes una religión de esclavos que no se resignan con su situación. En ese momento creer en un Dios que sea Señor sobre todo de la naturaleza hubiera equivalido a creer en el Dios del Imperio que los esclaviza.

En todo caso, lo sucedido presenta un reto sobre el que la teología, aunque no le guste, no tiene más remedio que reflexionar. En este artículo se presenta una manera de ver lo que ha ocurrido. Comienza por apoyarse en la experiencia histórica recogida en la Biblia por convicción de que los orígenes, aunque sean bastante inútiles para ayudarnos en lo concreto, plantean siempre algunas intuiciones matrices que no se pueden nunca abandonar.

TIERRA PROMETIDA

Pocos países han necesitado más de la lluvia que el antiguo Israel. Uno de los motivos más importantes de las migraciones constantes en el Medio Oriente era precisamente la búsqueda de lugares fértiles donde los pueblos nómadas

que bebe el agua de la lluvia del cielo" (Deuteronomio 11.10-12).

En este texto aparece ya en su núcleo la compleja relación religiosa que mantuvo Israel con su Dios como Señor de la Naturaleza y de la Historia. Les estaba reservada una tierra privilegiada "de la que el Señor tu Dios se ocupa y está siempre mirando por ella, desde el principio del año hasta el fin". Pero esa tierra había que "conquistarla" y "tomarla en posesión".

Por otra parte el agua estaba directamente relacionada con la vida. Se ofrecían condiciones para que el hombre, con su trabajo, pudiera convertir un lugar silvestre en una huerta de la que alimentarse, en un nuevo paraíso.

SEÑOR DE LA HISTORIA

La tierra había que conquistarla.

Ya es un lugar común entre los conocedores de la religión judeo-cristiana afirmar que una de las características de esa tradición es la de considerar a Yahweh como Señor de la Historia.

Frente a otras religiones más centradas en la contemplación de su Dios como dominador de las fuerzas natura-

El haber organizado rogativas ha sido visto de diversa manera por distintos sectores: como resquicio de nuestra mentalidad mítica y atrasada, como una medida extrema en una situación extrema, o como una consecuente toma de postura de la Iglesia en favor de las necesidades del pueblo cuando éste no encuentra quien le socorra.

les, Yahweh se revela progresivamente a su pueblo en acciones prodigiosas dentro de los procesos históricos de cada época.

Aunque nuestras Biblias comienzan actualmente con el relato de la creación, y aunque es posible que detrás de las fiestas judías que conocemos hubiera en un período preisraelita determinados cultos más relacionados con el correr de las estaciones y las cosechas, la religión yahwista se hizo religión nacional judía en torno a la experiencia liberadora del Exodo. Y las diversas fiestas que más tarde fueron jalonando junto a la Pascua el calendario religioso de Israel, tenían siempre que ver con algún hecho histórico que apuntalaba la libertad conquistada (1).

El judaísmo es en sus orígenes una religión de esclavos que no se resignan con su situación. Su inconformismo llega a extremos que nuestro concepto actual de religión, mucho más ligado al mantenimiento del equilibrio social, juzgaría moralmente reprobables. Yahweh escoge por ejemplo como representante

Creer en un Dios de la historia es mucho más ambiguo y arriesgado. Porque un Dios que se ocupa de la lluvia y las cosechas no puede ser puesto a prueba frente a otros hombres. En cambio el Dios de la historia tiene que justificar su validez frente a otros proyectos y otros pueblos.

suyo a un hombre, Moisés, que cegado por la cólera ha matado a un egipcio que está maltratando a uno de su raza.

En ese momento creer en un Dios que sea Señor sobre todo de la naturaleza hubiera equivalido a creer en el Dios del Imperio que los esclavizaba.

Claro que creer en un Dios de la historia era mucho más ambiguo y arriesgado. Porque un Dios que se ocupa de la lluvia y las cosechas no puede ser puesto a prueba frente a otros hombres. La naturaleza es todavía en ese tiempo un terreno donde el hombre sólo puede esperar. Y así se concibe el nacimiento de cada nuevo día como un milagro renovador.

En cambio el Dios de la historia tiene que justificar su validez frente a otros proyectos y otros pueblos. Concretamente, en el caso de Israel, un Dios que se jugaba su veracidad en el cumplimiento de sus promesas históricas, se tenía que hacer valer frente a quienes se oponían a que esas promesas se llevaran a feliz término.

Las crisis de fe del antiguo Israel nunca vinieron porque no llovía, sino

Las crisis de fe del antiguo Israel nunca vinieron porque no llovía, sino porque se perdían batallas. Y la relevancia actual del cristianismo se juega más en la implantación histórica de un mundo de justicia y hermandad que en la solución de una sequía.

porque se perdían batallas. Y la relevancia actual del cristianismo se juega más en la implantación histórica de un mundo de justicia y hermandad que en la solución de una sequía.

Por supuesto que ese tipo de fe puede llevar y ha llevado a extremos aberrantes. Por ejemplo a un sionismo concebido como negación de los derechos de otros pueblos a su propia tierra. O a un mesianismo que, una vez llegado al poder, impone su concepción de la vida y de la historia como la única válida.

Pero ha dado a luz asimismo a lo largo de toda la historia las más bellas utopías y los heroísmos más admirables. Y todavía hoy en América Latina y en otras muchas partes del mundo sostiene a miles de personas en su esperanza sin

que la fe de Israel evolucionó hasta integrar en su visión religiosa a Yahweh como Dios de la naturaleza. Entendámoslo bien; a integrarlo, y no a sustituirlo, es decir, a afirmar que el Señor de la historia, sin dejar de serlo, era también Señor de la naturaleza.

Fue precisamente hacia la vuelta del destierro, cuando Israel acababa de sufrir su mayor y más larga derrota, y sin embargo había logrado sobrevivir frente a los dos grandes colosos (siempre dos) que entonces se llamaban Asiria y Babilonia, cuando fue llegando a la convicción de que los demás dioses eran nada.

En ese momento entró en la reflexión religiosa un elemento que hasta entonces se habría podido dejar de lado: ¿quién ha hecho la tierra y cuanto la habita? ¿quién es el dueño de la naturaleza?

Pero antes de pasar a ese momento, Israel reflexionó sobre las causas de su humillación, cuando fueron deportados en masa a servir de nuevo como esclavos a otros señores, y llegó a la conclusión de que eso se debía a que se habían inclinado ante los dioses de sus vecinos los cananeos, que creían en los ritos de la fertilidad, es decir, en el Dios de las cosechas y las estaciones que se puede someter mediante mecanismos rituales, y al que se puede servir en la intimidad del templo.

Al pasar de nómadas a sedentarios, de guerreros a señores, los israelitas perdieron sus ideales primeros de igualdad. Así como Venezuela prometió la libertad a los esclavos cuando los necesitaba como soldados, y se la negó cuando los volvió a necesitar como peones.

La religión cananea, concentrada en la naturaleza, resultaba más útil en la nueva situación. Era fruto de una teología conservadora, una ideología del or-

DIOS DE LA NATURALEZA

Sin embargo llegó un tiempo en

La religión cananea, concentrada en la naturaleza, era fruto de una teología conservadora, una ideología del orden establecido. Este tipo de religión era entonces, y ha seguido siendo a lo largo de toda la historia, una tentación, porque exonera a la persona de responsabilidades. Los entonces reyes de Israel, y los hoy dueños del poder, la favorecen porque fomenta la pasividad y la sumisión ante su situación de privilegio.

den establecido. Según ella lo que existe viene de Dios y hay que respetarlo. Los éxitos y fracasos, las bendiciones y maldiciones (las lluvias y las sequías) son fatalidades de las que hay que implorar al cielo la abundancia o la protección.

Este tipo de religión era entonces, y ha seguido siéndolo a lo largo de toda la historia de nuestra Iglesia, una tentación, porque exonera a la persona de responsabilidades. Los entonces reyes de Israel, y los hoy dueños del poder, la favorecen porque fomenta la pasividad y la sumisión ante su situación de privilegio.

Es en la lucha con esas concepciones espúreas de la divinidad donde se habla del cese milagroso de una sequía de varios años por las oraciones del profeta Elías (1 Reyes 18). Lo central es aquí la justificación de la concepción religiosa del profeta, y por eso la lluvia viene tras un careo público entre Elías y los sacerdotes de Baal. Aunque esa justificación se hace mediante un signo que sacude la sensibilidad colectiva porque responde a una necesidad fuertemente sentida.

DIOS DE LA VIDA

Es precisamente en contraposición a estas imágenes y concepciones religiosas cananeas donde se encuadran los relatos de la creación que aparecen en Génesis. Al estar hoy tan lejos del tiempo y la cultura en la que se compusieron, muchas de sus referencias implícitas se nos escapan. Habría que adentrarse en la lectura de un comentario actual sobre el libro del Génesis, y aún así se caminaría en parte sobre hipótesis. Pero el hecho central es indiscutible. Se trata de formular frente a una teología conservadora otra transformadora.

Lo que importa resaltar en este momento de todos estos relatos es el papel que asume en ellos el hombre como dueño o, para hablar con más propiedad, como administrador de todo lo creado. Nada es sagrado, nada depende directamente de Dios, todo es para el hombre y él lo puede manejar como más le convenga.

Los límites que Dios impone no tienen que ver con cotos que se reserve. Por el contrario, son intrínsecos al crecimiento de la humanidad. El deterioro real vendrá cuando personas singulares

¿Qué sentido puede tener, sobre todo en un mundo moderno, pedir a Dios que nos conceda algo, cuando él ha dejado la creación en nuestras manos?

se quieran constituir en dioses por encima de los demás. Entonces el paraíso se transforma de jardín en lugar de sufrimiento. Y la primera rencilla culmina en fratricidio.

Esta es la imagen de Dios que privilegia Jesús. El no está tan obsesionado como algunos de sus contemporáneos con las contradicciones políticas del momento. Vive una situación de dominado y la resiente, pero no revela a Dios en la superación inmediata de esa realidad.

Lo cual más que una opción definitiva es una sabia adaptación a lo posible en aquellas circunstancias. Se apuntan algunos principios de superación de los modelos de convivencia (no servir al dinero, no aceptar la dominación de unos sobre otros) pero en un primer momento se restringen a la comunidad de seguidores como núcleo e inspiración de una nueva sociedad.

“El Nuevo Testamento reconoce claramente que la praxis del reino de Dios implica, además de una renovación interior, una reforma y mejora de las estructuras sociales. Y los cristianos neotestamentarios la realizaron en el ámbito en el que podían actuar, es decir, en la estructura de la propia comunidad, que, por tanto, fue experimentada como una primera realización del reino de Dios sobre la tierra, como un espacio de libertad y de paz, de justicia y amor. Dadas las relaciones sociales y políticas de la época, muy poco o nada podían hacer, como minoría, fuera de la propia comunidad. Su distanciamiento de la política social no era una elección consciente, sino efecto de una presión externa. Y cuando esta presión cesa, o mejor, cuando los cristianos, junto con otros, están en situación de modificar la sociedad, ello se convierte en una obligación cristiana urgente que brota del evangelio de Cristo” (2)

Tampoco manifiesta Jesús a Dios predominantemente en la superación de las limitaciones naturales del entorno. Probablemente en la vida de Jesús hubo

más de una sequía pero nada se nos dice de su reacción ante ella.

De lo que sí están llenos los evangelios es de relatos de curaciones. Dios se manifiesta en Jesús como el que supera las limitaciones de la vida. Los pocos relatos de milagros que tienen como objeto inmediato a la naturaleza (tempestad, calmada, pesca milagrosa) se pueden encuadrar fácilmente bajo la misma perspectiva.

El tema de la Vida asume de manera nueva los aspectos más positivos de Dios como Señor de la Naturaleza y de la Historia. Una historia concreta donde las prioridades de las mayorías son en ese momento la miseria y el hambre, y donde la naturaleza es ante todo la persona humana.

Lo cual de nuevo no elimina las otras formas de vivir la fe anteriormente descubiertas sino que las enriquece. Aunque también las adapta a las nuevas circunstancias.

PIDAN Y SE LES DARA

Entra por fin aquí el tema, cada vez más difícil de abordar, de la oración de petición.

¿Qué sentido puede tener, sobre todo en un mundo moderno, pedir a Dios que nos conceda algo, cuando él ha dejado la creación en nuestras manos?

No pretendo en este momento adentrarme en un tema tan personal, al que uno va dando a lo largo de su vida la solución que mejor responde a sus vivencias, y en la que los demás casi nunca se sienten reflejados.

Tampoco responderé a los intentos, casi siempre insatisfactorios, de justificar las experiencias de “fracaso” en este tipo de oración.

Creo sin embargo que la oración de petición, siempre que vaya acompañada por un esfuerzo paralelo (“a Dios rogando y con el mazo dando”), puede ser una forma de hacer explícita nuestra fe en la presencia de Dios en la historia. Desde que hemos creído en la resurrección sabemos que Dios nunca más se desentenderá de nuestras luchas. Y afirmamos por eso que el Reino de Dios pasa por la redención de nuestro presente. Esa presencia amiga, que es parte esencial de nuestra vivencia de fe, es la que reconocemos cuando hacemos compartir a Dios nuestras necesidades.

Probablemente en la vida de Jesús hubo más de una sequía pero nada se nos dice de su reacción ante ella. De lo que sí están llenos los evangelios es de relatos de curaciones. Dios se manifiesta en Jesús como el que supera las limitaciones de la vida.

Es positivo que la Iglesia se haya hecho oír. Es positivo también que la Iglesia se haya sentido interpelada concretamente por una necesidad urgente de las mayorías. Sería muy negativo que la preocupación de la Iglesia se limitara a dirigir oraciones al cielo. De ese modo una iniciativa buena podría convertirse en alienante.

Aunque también es verdad que conforme uno se hace mayor pide menos cosas a los demás. Y creo que esto se debería extender a nuestra relación con Dios. En este sentido la "petición" cedería el paso a otras formas de oración, tales como la búsqueda de un equilibrio interno, la captación de las exigencias de Dios, o el discernimiento.

Pienso también que la oración de petición arrecia cuando se está en extrema necesidad. En ese sentido también me pregunto si algunas de las objeciones contra ella no son producto de nuestra sensibilidad burguesa. La injusticia de la sociedad actual ha hecho que los pobres tengan que pedir como un favor lo que se les adeuda como un derecho (por ejemplo el agua). Y acuden con frecuencia a Dios y a los santos porque los que deberían ser sus hermanos los tienen abandonados.

En fin. Todos estos intentos de comprensión pesan sobre el cristiano cuando es invitado a rezar para que llueva.

ROGATIVAS

De alguna manera las reflexiones anteriores han sido seleccionadas teniendo en cuenta el planteamiento inicial. Me limito aquí a recoger algunas posibles conclusiones.

— Para empezar es positivo que la Iglesia se haya hecho oír. Ocurren demasiadas cosas en el país sobre las que todos los sectores, menos la Iglesia, tienen alguna opinión que expresar. Muchas veces se quisiera escuchar una palabra desde la fe, que nunca llega. Esta vez al menos se ha dicho algo.

— Es positivo también que la Iglesia se haya sentido interpelada concretamente por una necesidad urgente de las mayorías, que afecta de forma más apremiante a los más pobres.

— Por otra parte sería una vergüenza que el resultado más evidente y palpable de las rogativas fuera una lluvia de reales en las alcancías de la Iglesia de Santa Teresa, provenientes precisamente de las personas más afectadas por la crisis. La Diócesis debería, al menos en casos como éste, destinar los fondos recolectados a un fin claramente social que



se haga del conocimiento público, para que no se pueda levantar la sospecha de que los curas le viven al pueblo, y aprovechan su fe para sacar dinero.

— Sería también muy negativo que la preocupación de la Iglesia se limitara a dirigir oraciones al cielo.

Ha sido denunciado hasta la saciedad, por ejemplo, que el problema del

agua se ha visto innecesariamente agravado por la imprevisión de años anteriores. Esto, unido a la continua denuncia de hechos de corrupción acaecidos por el mismo tiempo, convierte a personas significativas de gobiernos anteriores en asesinos.

Además la escasez de agua ha puesto al desnudo la injusticia sobre la que está asentada nuestra sociedad. Como ocurre con las consecuencias de la deuda externa, pero aquí de manera más difícil de ocultar, los pobres han sufrido mucho más que los que no lo son. A los barrios han llegado mal los camiones cisterna, mientras que en las urbanizaciones el racionamiento ha permitido mantener los tanques siempre llenos.

Por supuesto que una de las causas de este trato desigual es estructural. Las instalaciones de tanques y tuberías en las zonas residenciales son infinitamente superiores a las de las zonas marginales. Pero además esto se ve agravado por un injusto reparto coyuntural. Parece evidente que el servicio de agua a los barrios se ha recortado más que en otras partes. De manera que ni siquiera la infraestructura deficiente ha funcionado según sus posibilidades.

Con este trasfondo, un discurso religioso que "aprovechara" la ocasión para introducir una llamada a la conversión alegando que la sequía puede ser un "castigo de Dios" debería preguntarse al menos por qué Dios castiga más a los inocentes que a los culpables.

Volviendo al antiguo Israel, en él siempre hubo una tensión mal resuelta entre sacerdocio y profecía, entre el Dios del templo y el de los pobres. La pretensión del cristianismo es que esa tensión se resuelve en la Iglesia de Cristo en armonía. Pero las pretensiones hay que certificarlas con hechos. Y en eso estamos todos. De lo contrario una iniciativa buena podría convertirse en alienante.

NOTAS:

- 1) Este tema ha sido tratado últimamente de manera magistral en la primera parte del libro de ECKART, Otto — SCHRAMM, Tim: "Fiesta y gozo" — Sígueme, Salamanca.
- 2) SCHILLEBEECKX, Edward: "En torno al problema de Jesús. Claves de una cristología", p. 85 — Cristiandad, Madrid.

Un discurso religioso que "aprovechara" la ocasión para introducir una llamada a la conversión alegando que la sequía puede ser un "castigo de Dios" debería preguntarse al menos por qué Dios castiga más a los inocentes que a los culpables.